

César Lambert
 Universidad Católica del Maule

Pistas para una lectura comprensiva de *Spe salvi*

Estructura del texto

1. **Introducción** (n° 1)
2. **Primera Parte** (n° 2-31)
 - I. La fe es esperanza (n° 2-3)
 - II. El concepto de esperanza basada en la fe en el Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva (n° 4-9)
 - III. La vida eterna — ¿qué es? (n° 10-12)
 - IV. ¿Es individualista la esperanza cristiana? (n° 13-15)
 - V. La transformación de la fe-esperanza cristiana en el tiempo moderno (n° 16-23)
 - VI. La verdadera fisonomía de la esperanza cristiana (n° 24-31)
3. **Segunda Parte:** «Lugares» de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza (n° 32- 50)
 - I. La oración como escuela de la esperanza (n° 32-34)
 - II. El actuar y el sufrir como lugares de aprendizaje de la esperanza (n° 35-40)
 - III. El Juicio como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza (n° 41-48)
4. **Conclusión:** María, estrella de la esperanza (n° 49-50)

En la Primera Parte, de carácter más bien especulativo, el Papa se pregunta por la *naturaleza* de la esperanza cristiana. Asimismo, reflexiona acerca del tipo de *certeza* de ésta.

En la Segunda Parte la reflexión se hace más concreta y fija la atención en una dimensión práctica: los lugares de aprendizaje y ejercicio de la esperanza¹.

Recuérdese que la encíclica *Deus caritas est* también se articula en dos partes: una primera, que se ocupa de la naturaleza o esencia del amor; y una segunda, que se ocupa del ejercicio práctico de la caridad.

¿En qué consiste la esperanza? Se trata de una capacidad del espíritu humano de avanzar hacia el futuro y desde el futuro retornar al presente de la vida humana. El texto hace referencia, en varios pasajes, a pequeñas esperanzas. Dice el Papa:

“A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces, puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra. En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de la vida” (n° 30).

Pensemos en el caso del amor que todo lo llena: al estar con la amada o el amado no sólo se vive intensamente el presente, sino que también se hacen planes para el futuro. Si ese amor se concreta en el matrimonio y en el deseo común de fundar una familia, hay un futuro compartido desde el cual se ordena el presente. Las cosas que se hacen —o se dejan de hacer— en el presente están impregnadas de ese futuro compartido. Cuando se trata de hacer esfuerzos es aún más notorio: hay, por ejemplo, que ahorrar para comprarse una casa. Entonces se deja de gastar dinero en esto o lo otro, etc. *Lo que para nosotros importa es que la esperanza marca decisivamente el presente.* No da lo mismo mirar el presente desde un futuro valioso que mirarlo desde un futuro que no lo es.

Así, la Encíclica comienza, precisamente, aludiendo a este estado de cosas:

“[...] el presente, aunque sea fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta y si esa meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino” (n° 1).

¹ Respecto de los contenidos fundamentales de *Spe salvi* cf. Parra, Fredy, “La esperanza cristiana en la encíclica *Spe Salvi* (Salvados en esperanza)”, *Mensaje*, n° 566, vol. LVII, enero-febrero, 2008, pp. 21-25.

El papa Benedicto se refiere, por cierto, a la esperanza cristiana —que es la gran esperanza a diferencia de las pequeñas esperanzas—. Pero la estructura de esta vivencia es, en general, la misma. En efecto, uno está dispuesto a vivir, en la vida actual, esfuerzos y dificultades porque sabe que hay una meta. Los esfuerzos tienen sentido porque conducen a la meta. A su vez, en la meta se acaban esos esfuerzos y uno, al fin, descansa.

¿Da lo mismo cuál sea la esperanza? No da lo mismo desde dos perspectivas distintas. (1) Cuando se trata de la esperanza en cosas concretas de la vida terrena —como las aludidas en el primer fragmento citado—, en ese caso una vez que se alcanza aquello en lo que se sueña, se hace evidente que eso no lo es todo. Eso soñado es insuficiente. Pues, el ser humano sólo se puede contentar con algo infinito. (2) Cuando se trata de una esperanza utópica o para el hombre de pasado mañana (cf. n° 30), no estamos ante una esperanza para mi propia vida —o para nuestra propia vida—. En ese sentido puede tratarse de una mera ilusión, es decir, de un espejismo, de un engaño. Es que, en la vida humana, hay falsas esperanzas. Por lo demás, es lo que sucede con la esperanza que se funda en la fe en el progreso.

Resulta, pues, que la gran esperanza humana debe cumplir con los dos requisitos que faltan en los casos recién señalados: debe ser una esperanza de lo infinito; y ser esperanza, real, cierta y verdadera, para mí. O mejor dicho: para nosotros. He ahí el terreno donde se despliega la esperanza cristiana.

¿En qué consiste la esperanza cristiana? Consiste, dice el papa Benedicto, en que conocer a Dios, al Dios verdadero, significa recibir esperanza. La esperanza cristiana proviene del encuentro real con ese Dios (cf. n° 3). Es interesante destacar que, para poner de relieve lo concreto de ese encuentro real, el Papa nos presenta el ejemplo de una santa de nuestro tiempo: Giuseppina Bakhita. En el encuentro con Jesús el Señor acontece lo siguiente:

“Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba ‘a la derecha de Dios Padre’. En este momento tuvo ‘esperanza’; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa” (n° 3).

Jesucristo la conoce y la ama. Este hecho constituye una realidad definitiva. Y Aquel que la ama la espera *a la derecha del Padre*. Ese gran Amor —definitivo y radical— la espera, de modo que la vida tiene ahora una meta: el encuentro con este Amor que la espera. *Por eso Bakbita experimenta que la vida es buena*. En efecto, la vida humana es buena, es hermosa, cuando el futuro es, de veras, una realidad positiva. A su vez, esa realidad positiva consiste en el encuentro pleno con el Amado.

Así vistas las cosas, si miramos la vida humana en sus distintos aspectos desde esa meta tan eminente, la vida actual se transforma. Pese a todo, la vida es buena. No lo es sólo y exclusivamente para mí como un hecho privado. Pues la realidad definitiva del Amor está abierta a todo ser humano, sean cuales sean las circunstancias en que se encuentre. No se trata de una esperanza individualista, antes bien, es una esperanza abierta, por esencia, al “tú”, a la comunidad, al prójimo.

¿Es real la esperanza cristiana? Decía antes que una pregunta central de la Encíclica tiene que ver con la certeza de la esperanza cristiana. Permítaseme explicar el problema. Puede suceder que, en casos como la esperanza en el progreso, o más concretamente, la esperanza de un mundo sin clases sociales, esa vivencia marque, de modo efectivo, el presente. Una persona puede haber dado su vida por una utopía. Lo mismo puede pasar con una generación entera que está dispuesta a “sacrificarse” para que la generación siguiente o subsiguiente disfrute de la meta alcanzada. Este caso no es algo puramente hipotético, pues los totalitarismos del siglo XX son concreciones históricas de esta actitud. ¿Qué pasa entonces cuando, a fin de cuentas, se hace patente que esa utopía no fue sino una vana ilusión? Es más, los totalitarismos han mostrado que la meta a alcanzar es terrible, triste, injusta. ¿Quiere decir ello que todos aquellos que se sacrificaron lo hicieron en vano? En cierto modo, sí. *De lo que no hay duda es que su esperanza fue un sueño ilusorio*.

¿Y entonces no podría pasar lo mismo con el cristianismo? ¿Acaso no podría suceder que, al final de los tiempos, se hiciera patente que todos los esfuerzos de los siglos fueron vanos? He ahí el problema. En este horizonte se entiende mejor por qué el Papa desarrolla, en los n° 7-9, un planteamiento bastante abstracto y, al parecer, técnico. Veamos lo que sostiene:

“En el capítulo undécimo de *la Carta a los Hebreos* (v. 1) se encuentra una especie de definición de la fe que une estrechamente esta virtud con la

esperanza. Desde la Reforma, se ha entablado entre los exegetas una discusión sobre la palabra central de esta frase, y en la cual parece que hoy se abre un camino hacia una interpretación común. La frase dice así: ‘La fe es *hypostasis* de lo que se espera y prueba de lo que no se ve’. Para los Padres y para los teólogos de la Edad Media estaba claro que la palabra griega *hypostasis* se traducía al latín con el término *substantia*. [...] la fe es la ‘sustancia’ de lo que se espera; prueba de lo que no se ve” (nº 7)².

Como señala el Papa estamos ante una especie de definición teológica de la fe. Central es aquí el concepto de sustancia: la fe es una realidad efectiva en el creyente y por medio de ella se anticipan las realidades futuras. Pero respecto de esta definición se han suscitado dificultades de interpretación. Veamos nuevamente un pasaje de *Spe salvi*:

“A Lutero, que no tenía mucha simpatía por *la Carta a los Hebreos* en sí misma, el concepto de ‘sustancia’ no le decía nada en el contexto de su concepción de la fe. Por eso entendió el término *hypostasis/sustancia* no en sentido objetivo (de realidad presente en nosotros), sino **en el sentido subjetivo**, como expresión de una actitud interior [...]. Esta interpretación se ha difundido también en la exégesis católica en el siglo XX [...]” (nº 7. Negritas nuestras).

Vemos en este pasaje que, en relación a la definición “sustancia de lo que se espera”, Lutero le da un sentido subjetivo y no objetivo. Se trata, para él, de la expresión de una actitud interior: *estar firmes* en lo que se espera y *tener convencimiento* de lo que no se ve. El acento está puesto, no en la realidad efectiva que se hace presente en la fe-esperanza, sino en la firmeza y seguridad que se encuentra en la persona.

² El texto griego es el siguiente: “Ἔστιν δὲ πίστις ἐλπιζομένων ὑπόστασις πραγμάτων, ἔλεγχος οὐ βλεπομένων.” (*Novi Testamenti Biblia Graeca et Latina*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas Patronato R. Lulio — Instituto Fr. Suárez, Madrid, 1960, p. 661). La Biblia de Jerusalén traduce de la siguiente manera: “La fe es garantía de lo que se espera; prueba de lo que no se ve.” En nota al pie se afirma: “Este v. ha llegado a ser una especie de definición teológica de la fe, posesión anticipada y garantizada de las realidades celestiales.” (*Biblia de Jerusalén*, Nueva edición revisada y aumentada, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1998, p. 1769). Por su parte, la *Biblia de América* traduce el pasaje de la siguiente manera: “La fe es fundamento de lo que se espera y prueba de lo que no se ve.” (*Biblia de América*, Atenas; Madrid/ PPC; Madrid/ Sígueme; Salamanca/ Verbo Divino; Estrella, 1994, p. 1834).

Permítaseme interpretar esta dificultad: si se entiende la fe-esperanza, sólo y exclusivamente, como un estar convencido del sujeto, entonces puede darse una auténtica firmeza y convencimiento que, a fin de cuentas, constituya una vana ilusión. Puede ocurrir que alguien esté absolutamente convencido de su propia creencia y que incluso muera por ello, pero que su creencia sea errónea. No basta, entonces, con la actitud subjetiva. Ello no es, para nada, indicio de la realidad y efectividad de lo esperado.

Veamos cómo continúa la argumentación del papa Benedicto:

“La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. **Nos da ya ahora algo de la realidad esperada**, y esta realidad presente constituye para nosotros una ‘prueba’ de lo que aún no se ve” (nº 7. Negritas nuestras).

Decíamos al comienzo de esta presentación que la esperanza es, en general, una capacidad del espíritu humano de avanzar hacia el futuro, y desde ese futuro se retorna al propio presente de la vida. Asimismo, hemos visto que ese futuro hacia el que se avanza puede ser, a veces, una mera ilusión utópica, como es el caso de la fe en el progreso. Pues bien, el fragmento recién citado muestra que, en lo tocante a la fe-esperanza cristiana, la fe no consiste sólo en un tender hacia algo que está todavía totalmente ausente. El contenido de la esperanza no es, pues, puro futuro, pura ausencia en dirección al futuro. En verdad, la fe nos da ya ahora algo de la realidad esperada. Entonces Aquel que nos aguarda a la diestra del Padre es una presencia real en nuestra vida actual. Es presencia, digamos, “de carne y hueso”. Por cierto, no se trata de una presencia plena y desarrollada. Pues, esa plenitud acontecerá precisamente en el futuro esperado. No obstante ello, es, de veras, realidad actual y sustancial. Tenemos esperanza de encontrarnos cara a cara con el Señor que nos espera porque su presencia es una realidad actual en nuestras vidas.

“[...] por la fe, de manera incipiente, podríamos decir ‘en germen’ —por tanto según la ‘sustancia’— **ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan**: la vida entera y verdadera. Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza” (nº 7. Negritas nuestras).

Hemos insistido una y otra vez que la esperanza cristiana se asienta en la presencia sustancial de Aquel que nos espera después de la muerte. Es de toda evidencia que dicha presencia no tiene el mismo carácter que la de una piedra con que nos tropezamos o una melodía que escuchamos. Más bien sucede que las realidades que se esperan *están en nosotros por la fe*. Sin fe no tenemos la vida verdadera. Y por el hecho de que la realidad de lo esperado es ya presencia real tenemos, a su vez, certeza. La certeza o seguridad no nos viene, entonces, de un convencimiento subjetivo, sino de ese germen en nosotros de lo esperado. He ahí, en tal sentido, la relevancia de los lugares de ejercicio de la esperanza —como la oración, el sufrimiento y la perspectiva del Juicio final (cf. n° 32-50)—.

Por último, quisiera destacar un elemento de gran valor para el conocimiento de aquello en que creemos: de las 40 referencias bibliográficas que, a lo largo de la encíclica hace el Papa, el texto más veces mencionado es el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que aparece en nueve oportunidades. Le sigue la mención de diversas obras de san Agustín (seis veces). El Catecismo es, en efecto, un texto de referencia segura y auténtica para la enseñanza de la doctrina católica. Desde este punto de vista sigue siendo un desafío su estudio y examen sistemático. En esta línea la encíclica *Spe salvi* constituye un excelente ejemplo de su uso fructífero e iluminador.